

Documentos

Encuesta sobre política y cultura:

*Leopoldo Chiappo
José Luis Rouillón
David Sobrevilla
Fernando de Szyszlo
Mario Vargas Llosa*

Es obvio que la cultura en su acepción moderna engloba todo lo que compete al hombre en su interacción con otros hombres y con el medio que lo circunda; y en este sentido, la política es también cultura. No obstante, creemos que es posible deslindar ambos campos —como de hecho, funcional e institucionalmente, ocurre en la realidad. (Reconocemos, al mismo tiempo, que ambos elementos —vistos desde la óptica de un análisis ideológico y ubicados en su real contexto infraestructural— son inseparables).

La intención de esta encuesta se dirige a examinar (desde puntos de vista perso-

nales) las vinculaciones reales o deseables que se dan o deberían dar entre estas dos instancias sociales: política y cultura.

Una vez más, quisiéramos dejar en claro que reconocemos las limitaciones de este método de trabajo. Nunca lo parcial dió testimonio pleno de la totalidad; el método de las encuestas adolece de ese defecto. Pero a pesar de ello, creemos que en su conjunto el presente documento constituye un modesto pero considerable aporte a la dilucidación del tema.

Con el espíritu de colaborar al esclarecimiento de tan importante asunto inicia-

mos, pues, esta presentación de puntos de vista que esperamos pueda ser continuada y ampliada en números futuros.

Una aclaración necesaria: el tiempo, especialmente ingrato con las tareas editoriales, ha producido una demora excesiva en lo que a la aparición de la presente encuesta se refiere; así, algunas de las respuestas

aquí incluidas han estado ya varios meses en nuestro poder. Pedimos disculpas, pues, por este retraso que no estuvo a nuestro alcance controlar.

A los participantes, por su interés y colaboración, nuestro agradecimiento más sincero.

Bruno Podestá

LAS PREGUNTAS

- 1/ ¿Qué es para Ud. "la Cultura"?
- 2/ En su opinión, ¿qué puede/debe hacer el Estado por la Cultura?
- 3/ ¿Cree Ud. que el actual proceso peruano ha definido/propuesto una nueva idea de Cultura?

En el caso que considere que el actual proceso peruano ha definido/propuesto una nueva idea de Cultura: ¿considera a dicha idea, un concepto claro? ¿Considera a dicho concepto, revolucionario?

- 4/ ¿Qué relaciones diría Ud. que mantienen y/o deben mantener la Política y la Cultura?

LEOPOLDO CHIAPPO

Debo decir en primer término que, en el tema *Cultura* considero esencial, vital, decisivo lo siguiente: autenticidad, carácter político y misión liberadora de hombre. Y me parece que un esclarecimiento debe contribuir a devolver a la cultura estas tres características, sin las cuales cuando estamos hablando de cultura no estamos hablando de lo mismo. Es decir, estamos hablando de otra "cosa", inauténtica, pseudo-apolítica, opresora, que se ha venido llamando "la cultura".

Por ello, la pregunta "¿qué es la cultura?" sólo puede ser respondida desde una nueva perspectiva que haga visible su carácter dinámico y englobante. Si se quiere una definición precisa podría ser ésta que propongo: La cultura es el proceso de mediación intersubjetiva e intrasubjetiva, a través

de productos creados por el hombre, dentro de un contexto histórico-social en el que acontece la tradición, incorporación e innovación de dichos productos (instrumentos), considerándose que tanto en la mediación como en los productos se constituyen y expresan formas de vida humana y se instalan estructuras de poder, todo ello vinculado positiva o negativamente a la liberación del hombre.

El análisis de esta definición requiere un amplio espacio. Por ahora, quisiera que quedara en claro sólo lo siguiente:

1/ Se pone énfasis en el *proceso de mediación* y no en los productos. Por ello, se superan los estereotipos que se nutren de identificar la cultura (sustantivada, cosificada) con los objetos culturales, los cuales son meras reliquias, cadáveres embalsamados a cuyo alrededor se aglomeran los consumidores de cultura, los saprófitos o parásitos necrófagos que se llaman gente "civilizada", personas cultas, elevadas. Y entre las reliquias venerables se consideran cultura las que pertenecen al ámbito del arte, literatura, teatro, etc. Todo lo demás no sería cultura (economía, política, ciencia, técnica, etc.). Los gozadores desinteresados, por supuesto sintiéndose políticamente inocentes, beatifican la cultura y se beatifican a sí mismos, y así, los teenólogos, los científicos, los políticos se redimen de su pretendida barbarie, así como las amas de casa burguesas de su filisteísmo y de la vida prosaica, gracias a su aproximación al olimpo cultural. Así, se dice "hay que culturizarse", y se hace esto para estar al día, tener tema de conversación, las revistas deben también traer "algo de cultura". En suma, la cultura sustantivada pasa a ser algo decorativo, algo que ocurre en "casas de la cultura" (especie de oasis culturales imposibles), algo

que "viste bien" ("No crea usted, dice el médico, el ingeniero o el militar, yo también tengo mi culturita", y cita a cualquier autor metropolitano de moda o a algún pintor francés o músico alemán para mostrar que sí está enterado, que no es tan ignorante como parece y que el uso cotidiano del ojo clínico, la construcción de casas y carreteras o la estrategia de la guerra no les han saturado el cerebro de fármacos, cemento o plomo, respectivamente, puesto que les queda todavía un rincón para jardín de cultura, cuyas flores sirven unas veces de adorno, otras de coartada). Por último, se limita la cultura a los productos de ciertas culturas que funcionan como modelo. Incorporar esos productos sería hacerse culto, los demás naufragan en el salvajismo, en el folklore, en lo popular, en lo exótico (se salva uno de ser indiano, aborígen, convirtiéndose, por ejemplo, en un latinoamericano fisgón, es decir, un perfecto ejemplar europeo de ultramar, una versión en rústica, un simio cultural de la metrópoli). Des-sustantivada de cultura, vista en la perspectiva dinámica de proceso de mediación intersubjetiva e intrasubjetiva, entonces la cultura cobra toda su seriedad, su gravedad vital, lejos del snobismo y de un rol decorativo, porque la cultura es así rescatada en lo que siempre ha sido: el medio vital en el cual nos movemos, vivimos y somos como hombres. Si este medio no favorece relaciones de sentido libertario, autónomo y global, entonces, por lo mismo, la cultura paraliza, mata y aliena a los hombres en ella inmersos. La cultura así pasa de un simple rol decorativo a una función política. Nada puede estar fuera de la cultura (no es la cultura paramento individualista sino armazón de la vida social), estar fuera de la cultura es estar en el no-ser humano, en el desierto de la naturaleza desnuda, en lo silvestre inhóspito.

2/ Queda claro que el hombre no puede relacionarse con el hombre ni con la naturaleza cruda sino a través de la mediación de los objetos que ha producido. Entre el organismo psicofísico y la naturaleza, a la manera de la araña que vive entre sedas, el hombre intercala un telar de relaciones. Este telar de relaciones es la cultura. En la

cultura el hombre existe. El "homo feralis" es un buen ejemplo de deshumanización por falta de mediación intersubjetiva e intrasubjetiva, se sucumbe en la animalidad lupina (me refiero al caso de los niños-lobo de Midnapore).

3/ La cultura se distingue de la naturaleza en cuanto es producida por hombres y no surge por la sola acción de las fuerzas naturales. Pero sólo puede hablarse de cultura cuando hay los tres aspectos: tradición, incorporación e innovación. Los animales también producen objetos, instrumentos, pero en ellos no se da lo que constituye la hominización del primate: tradición innovadora.

4/ Asimismo queda claro que el proceso de mediación a través de productos se da en un contexto histórico-social. La cultura no se da en el aire, ni tampoco puede ser aislada en una estratosfera u olimpo no relacionada con la situación histórico-social concreta.

5/ Por ello, la cultura no sólo es expresión, sino también configuración de formas de vida humana. Los objetos culturales (lenguaje, instituciones, artes, etc.) no son entes irreales de pura significación expresiva de la vida humana, son realidades que construyen y configuran los modos de vivir concretos de los hombres.

6/ La cultura está vinculada de alguna manera a la historia de la liberación del hombre. Pero esta vinculación puede ser defectiva, negativa. El hombre queda atrapado en formas culturales. Pero también, la cultura puede dejar de ser trampa en que la conciencia caiga cautiva. La cultura tiene que llegar a ser (aunque no necesaria y fatalmente) cultura de liberación de la conciencia colectiva y personal. Según la cultura se instalan estructuras de poder. Es nuestra tarea continuar en la lucha por la construcción de formas de mediación liberadora o no dominadora. La cultura, por esto, es política siempre.

Respecto a qué puede o debe hacer el Estado a secas por la Cultura con mayúscula, creo que nada. No hay Estado a secas y, por todo lo anterior, rechazamos la beatificación de "la Cultura". El problema tiene que ser planteado de otra manera, si no, no tiene

sentido. Creo que el actual proceso peruano es una ocasión única para cuestionar radicalmente este asunto de "la Cultura". Y de hecho se está haciendo. En el nivel internacional se ha cuestionado el modelo de la cultura occidental como la única vía o la vía central de la humanización del hombre. En el nivel nacional se ha cuestionado la cultura "cultura", elitista, la "cultura de la dominación" (Augusto Salazar Bondy), y se ha girado ciento ochenta grados de la mera "difusión cultural" a la "promoción cultural", considerándose esto un vuelco del mero "consumo" de cultura a la "creación" cultural. La transformación revolucionaria de la sociedad peruana y su planteamiento de una teleología del proceso implican la necesidad de pensar originalmente la función política de la cultura. Es honesto decir francamente que en materia de cultura todavía estamos reflexivamente en los comienzos y, diríamos, situacionalmente estamos en la línea, la gran línea, de la esperanza (y esto es lo esencial de lo que pasa en el Perú, a diferencia de los países sometidos a la opresión fascista, a la servidumbre imperialista, al deslumbramiento de los simios culturales metropolitanos, es decir, a la desesperanza cultural).

JOSE LUIS ROUILLON

1/ Uno de los equívocos más frecuentes al hablar informalmente de cultura se debe —según Eliot— a no determinar el sujeto de la misma, ya sea el individuo, la clase social o la sociedad. Cuando aflora en una conversación el término "culto" se suele aludir al individuo refinado y enterado de las convenciones y valores de la cultura de la gente elegante. En este caso promover la cultura es casi sinónimo de procurar el ascenso social hacia esos modelos de refinamiento. Tiene otro matiz la cultura cuando se la asocia a la clase social correspondiente; entonces es la suma de convenciones que hacen "educado" al que funciona sin trabas en ese medio. "Huachafa" en labios de una limeña es sinónimo de arribista de otro "nivel social" y que no consigue desenvolverse cómodamente dentro de las convenciones de la clase privilegiada.

No son estos los conceptos de cultura que interesan en esta encuesta sino los de cultura de la sociedad, en primer lugar la nacional y, dentro de ella, las regionales. El contexto nos llevará a otros marcos de referencia.

La cultura de una sociedad es cuanto la integra y le da sentido, la suma de instituciones y hábitos que permiten a un grupo de hombres convivir y realizarse como hombres, esa red de relaciones que vinculan a los hombres entre sí y con la naturaleza circundante; en ella se articulan religión, moral, arte, ciencia y técnica —integrados en la sociedad tradicional o en litigio en la sociedad moderna.

La cultura tradicional ha sido ante todo defensa del orden de la urbe contra el caos del entorno. Pero desde que el choque de las culturas ha dejado a la intemperie su última raíz, la libertad del espíritu, la cultura se ha convertido en un poder de transformación, en un principio revolucionario contra el orden constituido a favor del orden por venir. El creador de cultura en el mundo moderno es un perturbador de la tradición cómoda. Por eso lo miran con reserva y desconfianza los que defienden la tranquilidad pública. La cultura moderna es esencialmente subversiva. Por eso cuenta tantos mártires, en manos del poder conservador (y el más revolucionario de los poderes está en continua tentación de hacerse conservador al menos de sus propios actos revolucionarios).

No somos habitualmente conscientes de la cultura en la que estamos implicados, ni de las influencias que van remodelando o cambiando elementos de la misma. Nuestras valoraciones dependen de la cultura de nuestro medio y nos cuesta relativizarlas ante valoraciones de otras culturas que nos rozan. Es el caso cotidiano de muchas incomprendiciones entre ama de casa de cultura urbana, más o menos extranjerizante, y la empleada doméstica de cultura rural.

La cultura se hace normalmente consciente en los momentos de crisis, como la salud cuando nos acecha la enfermedad.

Hay que distinguir entre objetos de cultura y proceso cultural. Los primeros son resultados de anteriores procesos como una obra de arte, pero también una institución en

la que cristalizan relaciones humanas, desde un tipo determinado de gobierno hasta la legislación o una asociación cualquiera; todos son bienes de cultura a los que mantiene la tradición. Frente a ella, continuándola o discutiéndola, se yergue el proceso cultural, la incesante búsqueda de nuevos, mejores o simplemente más adaptados bienes de cultura en la cambiante situación histórica del hombre.

La cultura que nos ofrece la tradición se presenta como una segunda naturaleza inventada por el hombre, como continuación y adaptación de la naturaleza primera, la del hombre instintivo y la del mundo.

La cultura que busca el proceso cultural es siempre inédita, siempre futura, aunque reaparezcan en ésta refundidos y transformados elementos de la tradición.

En la ingenua visión occidental del progreso, de la que todavía hay resabios en la burguesía o en el marxismo ortodoxo, se pensaba que la cultura era la del presente, todas las de antes sólo la preparaban. Hoy un más prudente realismo, afianzado en estudios etnológicos y antropológicos, se contenta con ver, a través de la historia y de la geografía, diferentes culturas que han encontrado su plenitud de manera más o menos autónoma. Las culturas tribales, pequeños mundos cerrados, que aún persisten en zonas apartadas: islas remotas, jungla van desapareciendo bajo la presión de cultura, armadas de poder militar, técnico y económico (desde los grandes imperios del Cercano y Lejano Oriente, de hace veintitantos siglos, hasta los de hoy, Estados Unidos, Rusia y China Comunista). Pero en nuestros días surge aún más poderosa una cultura sin rostro y sin nombre, excrecencia cancerosa de la técnica, quizá más bien la anticultura, que amenaza ahogar a todas las culturas en una hecatombe sin precedentes. Las hordas de los bárbaros que cayeron sobre el Imperio Romano parecen niños inocentes a su lado.

Hoy toda cultura local tiene que aceptar sin escape un enfrentamiento con las grandes culturas modernas y sobre todo con esta gran anticultura de la técnica desarticulada de los valores religiosos, éticos y estéticos.

Lo que constituye esta amenaza mundial no es sólo la capacidad suicida de la téc-

nica a través del armamentismo, sino también su misma capacidad extremada de comunicación a través de todos los medios masivos, cuando estos son atiborrados de formas vacías de cultura o de sistemas de presión cultural, como armas del poder político y económico.

2/ En estos días se levanta el tercer mundo, con todo su acervo de culturas autóctonas, contra esta presión indiscriminada de la técnica occidental. Nuestro futuro está no en la lucha sin cuartel, defendiendo bastiones irremediabilmente perdidos, sino en una nueva aventura de mestizaje.

El alma de las culturas locales debe insuflar una vida profunda a este cuerpo monstruoso de la técnica. Desde las raíces de las culturas locales debe brotar la savia que estructure y dé sentido a esa epidermis de comunicación que cubre el mundo.

El problema de la cultura no es ya local, ni puede dejarse en manos de individualidades geniales ni en las del espíritu espontáneo de los pueblos. El reto mundial de la anticultura exige una reacción planificada, orgánica de las culturas locales.

El Perú ha vivido el choque agónico de culturas durante siglos. Cuando comenzaba a imponerse el imperio incaico a las culturas locales, cayó bajo el imperio español. La cultura indígena autóctona y la cultura europea invasora han luchado incansablemente en la entraña del Perú. "¿Hasta cuándo durará la dualidad trágica de lo indio y lo occidental —escribía Arguedas— en estos países descendientes del Tahuantinsuyo y de España?" El único camino que Arguedas descubría para vencer este antagonismo era la profundización del mestizaje cultural.

El Estado puede y debe propiciar el proceso cultural del país, ante todo facilitando la difusión de los auténticos productos de la cultura nacional, ya sea en el arte, en el pensamiento, en la ética o en la religión, ya en la técnica o en las ciencias. Una iniciativa reciente de la Dirección de Extensión Educativa del Ministerio de Educación da una pista en esta dirección: la exposición "Unitaria" que acercaba al pueblo diferentes inventos en el campo de las ciencias aplicadas, realizados en el país. Los medios masivos ofrecen posibilidades amplísimas para esta

difusión de productos de cultura, brotados de nuestro medio, por tanto asequibles e imitables. Pero también hace falta propiciar la reflexión a diferentes niveles sobre el proceso cultural en marcha en el país. Las consecuencias culturales imprevisibles que los cambios están provocando indefectiblemente en el Perú deben ser analizadas y evaluadas, fomentadas y relacionadas entre sí. No se debe dejar tampoco al azar la relación cada vez mayor entre las culturas regionales y a éstas con la de Lima y quizá con la de algunas ciudades más, así como la del Perú en general con la que nos invade por los medios de comunicación masiva. La dependencia de la publicidad que una equivocada política anterior ha impuesto a estos medios es una cadena que aún queda por romper.

3/ La ley general de Educación, y una reciente declaración del Ministerio del ramo son los únicos aportes teóricos que conozco en torno a una idea de cultura a nivel oficial. Son afirmaciones breves, certeras en pro de "una cultura original y fecunda, por vez primera auténticamente nacional", en la que se incluye "la comprensión y revalorización de los patrones culturales de cada grupo étnico". "La ley se orienta... hacia la superación de la dominación en la cultura y hacia la liberación de las capacidades creadoras y expresivas del hombre peruano". (Ley General de Educación).

En la misma línea se definía recientemente el Ministro de Educación. Rechazaba el "concepto de cultura nacional, vertical y elitista, frente a otro concepto, igualmente falso, de unas masas supuestamente incultas". Propugnaba una "nueva política cultural dirigida al desarrollo de una conciencia crítica de los valores culturales propios y ajenos, a fin de lograr la autoafirmación cultural de cada comunidad y su integración en una cultura nacional pluralista y no dependiente".

Los principios son claros y de acuerdo con las reformas en curso en el país. Otro asunto es si el Instituto Nacional de Cultura ha aplicado estos principios a sus planes concretos.

4/ Hay una inevitable repercusión en la cultura de cada acto político innovador. La cultura se encuentra siempre en un equilibrio inestable en relación con las estructuras

de la sociedad. Cada vez que éstas sufren un cambio la cultura debe remodelarse o sufrir una quiebra en su propio ser. Esto se plantea de manera trágica en poblaciones apartadas, incluso sin mediar ningún cambio estructural, por su mera inclusión en las redes de comunicación vial. Las tradiciones culturales de muchos pueblos de la sierra han sufrido crisis quizá insuperables debido a la llegada de una carretera.

La nueva relación entre campesino y tierra, entre trabajo y capital, que establece la reforma agraria y la reforma de la empresa, puede transformar profundamente las bases de la cultura popular.

No podemos medir aún las consecuencias, para la cultura del país, de la transferencia de los diarios de circulación nacional a los sectores populares organizados.

En contraste con esta política, la ausencia de cambios en la TV, unida a su difusión cada vez más amplia en el país, convierte a este medio masivo tan popular y tan alienado en una de las más graves inconsecuencias de la política revolucionaria. Algo similar se podría decir del cine, invadido por los productos más ajenos a nuestra cultura y a los valores de cualquier cultura que merezca el nombre.

Los años pasan y seguimos esperando la aplicación a fondo del artículo 29 de la Ley General de Educación: "El Estado asegurará que los medios de comunicación colectiva en todas sus formas sean utilizadas como instrumento de educación nacional".

Hace pocos días nos sorprendía el anuncio de que el Instituto Nacional de Cultura había hecho un contrato con Telecentro para la difusión de programas de sus diferentes departamentos de producción. Valioso esfuerzo para recorrer el Telecentro en su reconocida inopia de cultura. Pero ¿se ha pensado que todo el país recibirá productos culturales exclusivamente desde Lima y con marcado predominio de obras extranjeras? ¿Qué acceso tiene el pueblo a la producción de programas? O ¿es que sólo se trata de hacer "por ahora" lo que el Ministerio de Educación definía hace poco como "propiciar un paternalista acceso del pueblo a supuestos bienes de cultura"?

Los bienes de cultura que ofrece la

tradición no deben ahogar el proceso cultural sino fomentarlo, cuestionarlo, alimentarlo. Una política cultural que se detenga en facilitar el acceso a los bienes de cultura, sin una muy clara aceptación y apoyo del proceso íntimo de cultura en la población, traicionaría su papel histórico. Mientras más remotos sean de un pueblo los bienes de cultura que se le ofrecen —por pertenecer a culturas lejanas en el tiempo o en el espacio o por implicar presupuestos ajenos a la propia cultura— se deben presentar con más parsimonia y con una más completa introducción. Otro peligro está en presentar bienes de cultura como meta del propio proceso. Eso sería agostar la creatividad del pueblo receptor, marcándole una ruta que éste debería inventarse, conforme a sus propias tradiciones y rasgos peculiares.

De todo esto se sigue la urgencia con que se plantea a la política del país no sólo una definición de principios, ya realizada esquemáticamente, sino una defensa de la autonomía y la relación de las culturas regionales dentro de la así llamada "cultura nacional pluralista y no dependiente".

Otro capítulo criticado certeramente por muchos es la actividad inusitada del Ministerio del Interior cerrando revistas y deportando a personas que se han atrevido a disentir. El que los peruanos se levanten cada día dispuestos a recorrer con la mirada escéptica páginas y páginas de periódicos y revistas desde los que se levanta siempre el mismo incienso unánime no es el mejor acicate para la creación en el campo de la cultura.

La cultura es fruto del espíritu y éste sólo actúa en libertad o gasta sus mejores armas en recuperarla.

DAVID SOBREVILLA

1/ La palabra cultura posee una multiplicidad de significados. Al efecto de responder a la encuesta, creo que interesa distinguir entre los siguientes: cultura puede tomarse en sentido (A) *directo* y entonces significa cultivo; o en sentido (B) *figurado* y entonces podemos distinguir entre (1) la cultura en *sentido objetivo* * como la creación o

realización de valores (se puede discutir sobre si también la de símbolos y de actitudes) por la actividad del hombre, acepción en la que cultura se opone a naturaleza; (2 y 3) a veces se restringe la cultura objetiva a la de una época o a la de un pueblo y se habla entonces en un *sentido histórico* * por ejemplo de la cultura del Renacimiento, o en un *sentido antropológico* * verbigracia de la cultura incaica; (4) la cultura objetiva forma al hombre, por ello en un cuarto sentido se habla de la cultura en *sentido subjetivo* * como del cultivo del hombre o de sus facultades, así nos referimos a la cultura física, a la de la inteligencia, a la de los sentimientos; (5) y finalmente, en especial dentro del pensamiento de lengua alemana, se suele contraponer la cultura como lo espiritual y vivo a la civilización como lo material y muerto (en francés la oposición es exactamente la contraria: la civilización es lo originario y creador y la cultura lo secundario y material; en español no hay estudios detallados al respecto). La dificultad de ofrecer una determinación satisfactoria de cultura radica especialmente en esta multiplicidad de significados y en que el sentido objetivo y subjetivo de la palabra se estre cruzan constantemente (A. Dempf).

Históricamente, la palabra cultura aparece en la antigüedad romana con Cicerón en la fórmula *cultura animi philosophia est* (Tusculanae disputationes): la cultura del alma es la filosofía, que lleva al hombre a conseguir su *humanitas*, es decir, su condición humana. Este sentido de la palabra se pierde en la Edad Media debido al cambio de ideales que trae el cristianismo; la palabra cultura pasa entonces a significar el culto, el homenaje que se presta a Dios o a los bienaventurados. La noción de cultura sólo surge en rigor con la Edad Moderna, cuyos supuestos han sido decisivos a este respecto. El humanista español Juan Luis Vives es quien recobra el antiguo sentido de la palabra cultura como *cultura animi*, como cultivo del alma. El medita sobre las causas de la corrupción del saber de su época, y manifiesta que la cultura del alma es el alimento del espíritu

* Estas denominaciones, que son puramente convencionales, son de uso corriente en las investigaciones sobre la cultura.

y que se encuentra explicada en los libros sagrados. Los estudios de humanidades piensan que liberan al hombre de la animosidad y belicosidad y lo transforman recién entonces en un *homo humanus*. Para Francis Bacon la cultura del alma es una parte de la ética: la que busca hallar los medios de someter la voluntad humana a las prescripciones morales, y de hacerlo feliz. El concepto moderno de cultura es una creación del jurista Samuel Barón von Puffendorf, que comprende dentro de él a la cultura en sentido subjetivo, a la vida en sociedad y a los hallazgos y organizaciones humanas; no obstante, Puffendorf no llega a formular con precisión la idea de la cultura en sentido objetivo. Este es el mérito del iluminismo francés, pese a que no haya hallado la palabra adecuada para denominar a todas las creaciones y realizaciones del hombre. Especialmente Voltaire, Montesquieu y Turgot han expuesto repetidamente que la cultura no solo es una formación humana, sino que ella también forma al hombre y posee sus propias leyes. Herder ha sido el primero en usar la palabra cultura en sentido subjetivo, antropológico y objetivo. En el primer sentido, cultura significa para él el despertar del hombre espiritual en el hombre físico y equivale a una segunda génesis del hombre; en el sentido antropológico la cultura de un pueblo es el florecimiento de su existencia y en el sentido objetivo consiste en las consecuciones permanentes del hombre y en la tradición que se forma a través del tránsito de los pueblos y tiene como finalidad la realización de la humanidad en su conjunto. El significado antropológico de la palabra cultura se ha vuelto posteriormente usual a raíz de los avances y descubrimientos de la antropología en el siglo XIX. Por último, la oposición entre cultura y civilización se da en el idioma alemán desde hace mucho tiempo, pero ha sido marcada y tematizada especialmente por Oswald Spengler.

Luego de este exordio terminológico e histórico, yo quisiera realizar aquí sólo tres observaciones sobre la cultura. La primera es que ya que la noción de cultura surge con la Epoca Moderna, se halla necesariamente dentro de sus límites. Por lo tanto, lo que habitualmente se entiende por cultura

en sentido objetivo —la filosofía, la ciencia, el arte en sentido muy amplio, la religión y también el lenguaje— puede ser conceptualizado en otra forma —y en verdad pienso que tiene que ser conceptualizado en otra forma si queremos trasponer los límites de la Modernidad. Sin embargo, por las necesidades de la encuesta yo me voy a seguir refiriendo a todo ello en términos de "cultura objetiva". Lo segundo es que pienso que la cultura en un sentido antropológico, la cultura de un pueblo, la cultura popular, tiene su lugar y su legitimidad frente a la cultura en un sentido objetivo; pero por ello mismo se cometería un error si se pretendiera que tome el lugar de ésta y afronte sus problemas. La cultura popular no puede responder a las preguntas de la filosofía o de la ciencia, pero ello no porque sea *menos* que la cultura en sentido objetivo, sino sencillamente porque sus problemas son *otros*. Tercero, creo que frente a la cultura en un sentido subjetivo no debe adoptarse una postura beata, como decía Ortega. La formación y la educación constituyen algo fundamental y positivo, aún más: imprescindible, pero dentro de ciertos límites y necesidades.

2/ En cuanto a la *cultura objetiva*, pienso que el Estado puede crear las condiciones sociales y económicas que son imprescindibles para el desarrollo de la cultura. Es a partir sobre todo del siglo XIX que se ha puesto en claro la correlación estrecha existente entre lo "material" y lo "espiritual". Por ej., Marx ha planteado que existe una íntima interdependencia entre la base real de la sociedad y sus superestructuras. Pero este no es un punto de vista exclusivo del marxismo. Así, Freud afirma que la cultura nace de la renuncia a la satisfacción de los impulsos primarios y Max Scheler ha sostenido la idea de la *impotencia* originaria del espíritu. En el siglo XX la idea del condicionamiento de lo cultural por lo material ha pasado a ser un bien común. Por lo tanto, parece claro que si el Estado no crea la estructura socio-económica apropiada, la cultura en sentido objetivo no puede tener ningún florecimiento.

En relación a la cultura en *sentido antropológico*, creo que el Estado puede asumir la organización de nuestra unificación cultural. El problema es aquí el siguiente: el Pe-

ra es un país de muchas culturas, es decir, de muchos sistemas de valores, organizaciones políticas, órdenes jurídicos, tradiciones religiosas y lenguas. En una época se pensó (Riva Agüero, V. A. Belaúnde) que la solución era el integrarlos en torno a una cultura "central", esto es, lograr un mestizaje cultural alrededor del sistema de valores europeos, de una sola administración política, de la religión cristiano-católica, del orden jurídico procedente en lo fundamental del derecho romano, de la lengua española. Esto es un error. Por un lado, ¿con qué derecho se puede preferir la cultura asumida como "central" a las consideradas como "periféricas"? Por otro lado, ¿es la realización del mestizaje posible? ¿no muestra lo contrario la experiencia de la alfabetización en español? Por último, y aún en el caso de que fuera posible el mestizaje, mediante un procedimiento semejante ¿no se priva de su iniciativa cultural a los pueblos "periféricos"? ¿no se pierde la riqueza de la pluralidad cultural en aras de una hipotética, monótona y anémica integración? Al parecer, la solución al problema mencionado es otra: la de la unidad en la variedad cultural (S. Várese), organizada principalmente por el Estado. Unidad en la variedad cultural quiere decir en este contexto permitir la unidad nacional en base a una tradición y sobre todo a un común proyecto futuro, pero al mismo tiempo fomentar la pluralidad y peculiaridad culturales. En esta forma, creo que se lograría articular los distintos sistemas de valores existentes en el país, estimular su libre florecimiento y, finalmente, la interrelación y fecundación recíprocas entre las culturas que hay en el Perú.

En lo concerniente a la cultura en *sentido subjetivo*, el Estado puede promover una educación que ponga al hombre en condiciones de desarrollar su ser y sus facultades, lo incorpore a la comunidad y le brinde el acceso a las realizaciones de esta.

3/ En relación a la cultura en *sentido objetivo*, Augusto Salazar Bondy ha hablado de una cultura de la dominación, y correlativamente, de una cultura de la liberación. En su opinión, la cultura de un pueblo dominado es necesariamente inauténtica. Salazar define la cultura como la articulación orgánica de las manifestaciones originales diferen-

ciales de una comunidad. Esta idea es vaga, abstracta y cargada de prejuicios. Vaga, porque su autor no ofrece los criterios para saber cuándo se está ante la articulación orgánica de las manifestaciones de una comunidad, cuándo son estas originales y cómo se diferencian de las de los otros pueblos. Abstracta, porque es abstracto hablar de una comunidad y sus manifestaciones originales según un principio reconocido, como lo hace Salazar. Cargada de prejuicios, porque lo son postular una comunidad (nacional) en esta forma, rendir culto a la novedad (originalidad) y sobre todo hacer de la creatividad la medida máxima para juzgar una cultura. Históricamente, no se justifica la afirmación de Salazar de que la dominación produce siempre la inautenticidad de una cultura. Difícilmente se podrá imaginar condiciones mayores de dependencia para un país que las que tuvo que soportar Alemania luego de la guerra de los Treinta Años; sin embargo, no se puede llamar inauténtica —en el sentido de Salazar— a la producción de Leibniz, Bach y Lessing. Finalmente, la idea de la dominación de Salazar está más cerca de una concepción desarrollista que de un planteo revolucionario. En efecto, las oposiciones dependencia/independencia, dominación/liberación, alienación/cumplimiento que establece Salazar, se resuelven a la postre en la oposición desarrollo/subdesarrollo. El desarrollo lo define él como la capacidad de un pueblo de usar sus recursos en provecho propio y de autoimpulsarse. Ahora bien, una revolución es otra cosa: el "salto cualitativo" que supera la distancia que se ha establecido entre las formas y fuerzas de producción, porque estas se han tornado incapaces de contener aquellas. Teóricamente no se puede plantear la revolución como nacional —lo que sí se puede hacer tácticamente. Por último es claro que una nación puede alcanzar su desarrollo sin que se haya realizado una revolución en ella*. Lo anterior concierne a las

* Por las limitaciones de espacio no podemos, como es obvio, razonar debidamente nuestras respuestas. Una fundamentación más amplia de nuestro punto de vista sobre este planteo de Augusto Salazar Bondy se le puede encontrar en nuestro artículo "La cultura y la filosofía de la dominación", en: **Apuntes**, número 1, pp. 49-66.

ideas de Salazar sobre una cultura de la dominación, que son las que más desarrolló. A la cultura de la liberación la caracterizó por la personalización de sus integrantes y por el diálogo de hombres libres que mantienen entre sí; pero, por su prematura muerte, Salazar no pudo desenvolver lo suficiente estas últimas ideas.

No conozco que el actual proceso peruano haya formulado oficialmente ningún planteo sobre la articulación entre las distintas culturas —en *sentido antropológico*— que conforman la realidad peruana. Loable me parece la iniciativa, del *Inkarri*, en cuanto que este certamen fomenta el arte popular y moviliza socialmente una parte apreciable de la población. Sin embargo, pienso que debería explicarse más a los participantes el sentido del mito, que se debería evitar la desnaturalización del arte popular por valores ajenos a la cultura del que procede y el que se lo transforme en una mera mercancía y, finalmente, todo aquello que pudiera hacer pensar en una manipulación.

Tocante a la cultura en *sentido subjetivo*, creo que la Reforma de la Educación es especialmente valiosa por su concepción de la educación para el trabajo. La idea que ha primado en el siglo XIX es que la educación tenía por finalidad la formación del carácter del individuo mediante su apropiación de los bienes culturales. Esta idea que ha tenido su grandeza y su enorme irradiación, tiene sus límites en el individualismo que la ha caracterizado y en su desatención de las circunstancias sociales y económicas en que la educación se imparte. Creo que la concepción de la reforma peruana de la educación supera estas deficiencias porque el indicar que la educación es para el trabajo acentúa su carácter solidario y su conexión con los factores socioeconómicos. Al mismo tiempo me parece que en este planteo no se alivia lo suficiente la diferencia entre el trabajo enajenado y el liberado. El primero es sólo un medio de vida, el segundo consiste en la realización del hombre total. No basta con decir que la educación es para el trabajo; es preciso añadir que lo es para el trabajo liberado.

Quisiera agregar que la pregunta me parece incompleta: no sólo ha debido refe-

rirse a si el actual proceso peruano ha definido o propuesto una nueva idea de la cultura, sino además a la medida en que ella se está realizando en la praxis. A este respecto quisiera indicar que, prescindiendo de los reconocimientos y críticas formulados anteriormente, tengo la impresión de que no se están llevando a cabo los planteos propuestos lo suficientemente lejos, debido especialmente a la penuria fiscal. Probablemente, esto se deba en gran parte a que el excedente económico se está aplicando principalmente a la realización de obras de infraestructura económica y a las necesidades de la defensa nacional. Es muy posible que haya razón para respetar estas prioridades. Pero si este es el caso, no debería sorprender que el estado de la cultura nacional no sea muy floreciente que se diga —compáresele con la efervecencia intelectual de los años veinte— y que la realización de la reforma educativa sea tan lenta.

Por último, quisiera expresar que si se compara la situación de la cultura antes y después de 1968 no se apreciará grandes cambios. Por ejemplo, aún no se ha desarrollado un arte o una ética revolucionarios que se diferencien claramente de los existentes anteriormente. Personas y normas —pongamos por caso las referentes a la productividad o a la censura cinematográfica— son esencialmente las mismas.

4/ Por política entiendo lo referente al poder (político), a su uso y abuso, es decir, lo concerniente al Estado. La pregunta por las relaciones entre la política y la cultura atañe por lo tanto a las relaciones entre el Estado y la cultura. Estas relaciones han sido analizadas por Jakov Burckhardt en sus "*Weltgeschichtliche Betrachtungen*". Burckhardt considera que el Estado y la cultura son dos de las tres potencias de la historia, y que necesariamente mantienen relaciones de animosidad: el Estado trata de subordinar a la cultura y a la inversa. Veamos ambos casos por separado.

El condicionamiento de la cultura por el Estado es en un principio total como en Egipto, en que el Estado se presenta como el único conductor de la cultura y es apoyado por la religión y el derecho. También en Grecia el Estado determina positiva y nega-

tivamente la cultura, al exigir de cada uno que sea un ciudadano y que le preste un servicio concreto. En Roma en un principio el Estado dejaba hacer a la cultura; en cambio, al final obró destructivamente sobre la cultura. En el Medioevo el Estado aparece como un factor retardatario de la cultura. El Estado Moderno ejerce por fin un dominio temible y absoluto sobre la cultura y significa una restauración contra el espíritu de la época que tiende hacia la libertad política e intelectual. La cultura pierde acá su independencia y toda iniciativa depende del poder.

El condicionamiento del Estado por la cultura es, según Burckhardt, un fenómeno tardío muy raro. Podemos observarlo en el caso de las ciudades fenicias que se rigen por una constitución y están libres del derecho sagrado y del régimen de castas. El predominio del Estado griego sobre su cultura tiene dos excepciones: las colonias griegas en Jonia libres del derecho de la Magna Grecia, y el nacimiento de la democracia en Atenas, que significa una violencia cometida sobre el Estado por la cultura. En el Medioevo el régimen de clases dio lugar a una cultura parcial. El individuo se hallaba ligado a una clase, pero la personalidad podía desarrollarse dentro de ella. Por último, a fines del siglo XIX la cultura ha pretendido dominar al Estado, lo que Burckhardt sólo ha contribuido a acrecentar como reacción al absolutismo del Estado moderno.

Burckhardt muere en 1897, de modo que fue testigo de la Revolución Francesa, pero no de las revoluciones del siglo XX. En sus escritos previo un aumento del poder estatal en el futuro y, por lo tanto, una mayor sumisión de la cultura al poder, lo que parece haberse cumplido en lo que va de siglo, a despecho de las prédicas en contra del Estado de Nietzsche, H. Spencer, del marxismo y del anarquismo.

Por razones de espacio no me voy a ocupar acá con las relaciones entre el Estado y la cultura en sentido antropológico y subjetivo, y tampoco voy a referirme a lo que el Estado *deba* hacer por la cultura en general, porque, como dice Hegel, la tarea de la filosofía sólo consiste en pensar lo que es y por lo tanto ella se pone en ridículo cuando formula un deber ser a la realidad.

En cambio, a través de una reflexión sobre la historia la filosofía puede señalar lo que la cultura no debe hacer frente al Estado y a la inversa. Lo que la cultura no debe hacer en relación al Estado es buscar someterlo o someterse a sí misma: la relación ideal pareciera ser en este como en otros casos la del equilibrio. La cultura no puede pretender dominar al Estado, es decir, que sus representantes más visibles —los intelectuales como se los llama hoy— intenten sustituir a los políticos: esta es una interpretación errónea de la idea sartriana del compromiso. Pero por otro lado, los intelectuales no deberían sucumbir a la fascinación del poder y de sus dictados, lo que a la larga corrompe, envilece, prostituye. Naturalmente, no se trata de que los representantes de la cultura retornen a la vieja torre de marfil, sino de que se retraigan de la política cotidiana, pero no para huir de ella, sino para tomar distancia y poder analizarla mejor. La función del intelectual es, a este respecto, pensamos, no tomar parte en la acción política, sino ofrecer fórmulas para solucionar los problemas que ella importa. La fuerza de un intelectual, escribía Malraux en 1937, no radica en su aprobación ni en su protesta sino en su explicación de por qué las cosas son como son. Luego de explicarlas puede protestar, si lo cree necesario, añadía, pero esto ya no merecerá la pena. La protesta se justifica y es ineludible en casos particularmente graves, añadimos nosotros.

En cuanto a la relación del Estado con la cultura en *sentido objetivo*, pienso que aquel no debe pretender dirigirla e imponerle sus propios objetivos. Evidentemente, el Estado puede tratar de hacerlo y de hecho en el mundo contemporáneo ha pasado y pasa así muchas veces, pero con resultados francamente deplorables. La consecuencia más visible históricamente es que una cultura domesticada decae y que el propio Estado privado de una orientación teórica se esclerotiza. Probablemente, para el Estado constituya una piedra de escándalo tener que soportar críticas por parte de la cultura a la que subvenciona, pero en verdad de la cultura no puede esperarse que abdique de su función fiscalizadora. En cuanto a la cultura en sentido *antropológico*, el Estado no debe ceder

a la tentación de imponer el sistema de valores con que trabaja a las culturas "periféricas". En el Perú pienso que necesitamos no sólo una multiplicidad de religiones y lenguajes, sino además otros órdenes jurídicos, —pero manteniendo una norma fundamental única— patrones éticos y distintos sistemas valorativos. Por último, en lo referente a la cultura en *sentido subjetivo*, el Estado no debe emplear nunca a la educación como un *medio* para cumplir sus propios cometidos, sino como un *fin* en sí. El peligro que acá existe es que, ya que el Estado financia la enseñanza, exija de ella un apoyo a sus propios objetivos. Las posibilidades de manipulación que acá se abren son enormes.

En fin de cuentas de lo que se trata es de la libertad que necesita la cultura, sea esta tomada en un sentido objetivo, antropológico o subjetivo, a fin de poder desarrollarse. Libertad no es una palabra muy prestigiosa en el mundo contemporáneo, especialmente porque, como decía Alexis de Tocqueville, ahora está de moda la igualdad. Y esto está bien, aunque se hace necesario conciliar ambas cosas: la igualdad y la libertad, ya que es esta —y no la razón— la que caracteriza al hombre. En un contexto político la libertad es, como sostenía Rosa Luxemburg, la libertad para quien piensa de otro modo. Hay que subrayar por eso que sin libertad —y no como privilegio sino como derecho— no hay socialismo posible.

Enero de 1975

FERNANDO DE SZYSZLO

En esta materia de las relaciones del Estado y la política con la cultura han habido en la historia más reciente de la humanidad tantas ilusiones perdidas, tantos experimentos culturales revolucionarios terminados en el lúgubre escritorio de un "comisario de cultura", que a la pregunta ¿cuál debe ser la mejor política cultural? la respuesta obvia sería la carencia de una política cultural. Pero no soy tan escéptico. Creo que en términos amplios se podría trazar las líneas generales de un enfoque que si nunca puede garantizar resultados positivos por lo menos no aliente la desorientación, la medio-

cridad, y la dependencia a otras culturas o a otros modelos culturales y políticos.

No creo que el proceso peruano haya propuesto ni definido una idea de cultura en forma clara y precisa, en la forma que, digamos, ha definido e implementado una política agraria. Ciertas manifestaciones como el Festival de la Canción de Agua Dulce de hace algunos años, o los festivales llamados primero Contacta y luego Inkari (¿Inkarri?), no se pueden tomar sino como testimonios de una cierta tendencia populista y demagógica que no es posible mirar sin temor e inquietud.

Cuando hablamos de cultura, si hablamos seriamente y sin la intención secreta de obtener la aprobación de nadie, tenemos que tener en cuenta que en este concepto de cultura intervienen ciertamente valores de orden ético pero que estos no son los únicos, que hay además otros valores, estéticos, técnicos, lúdicos, etc. que participan. (Pienso en el texto de Camus: "Todos los grandes reformadores intentan construir en la historia lo que Shakespeare, Cervantes, Moliere y Tolstoi han sabido crear: un mundo siempre presto a saciar el hambre de libertad y dignidad que está en el corazón de cada hombre. La belleza, sin duda, no hace las revoluciones. Pero llega un día que las revoluciones tienen necesidad de ella. Su norma que niega lo real, pero que al mismo tiempo le da su unidad, es también la de la rebelión. ¿Se puede rechazar eternamente la injusticia sin dejar de saludar la naturaleza del hombre y la belleza del mundo? Nuestra respuesta es: Sí").

La cultura no es susceptible de ser creada por decreto, o por buena voluntad, o por creer que un nuevo ordenamiento político debe tener también una cultura nueva. Repito que creo que se pueden dar los pasos —ciertos pasos— para crear un clima propicio a la producción científica y artística y unas condiciones apropiadas para que cada vez un número mayor de personas sean beneficiarias de ellas. Este propósito no se logrará, más bien todo lo contrario, si se pretende rebajar el nivel de calidad de la cultura que se ofrece al pueblo so pretexto que hay dos clases de cultura: una para las élites desarrolladas y otra para la masa. Hay

algo en el fondo muy despectivo en esta manera de considerar al pueblo y condenarlo a una especie de ghetto cultural para el cual sólo son aceptadas las obras adocenadas y de baja calidad. (Sin negar los méritos de la música criolla creo que es una aberración discriminatoria pensar que el pueblo peruano no puede ni debe tener acceso a la música de Bach).

Todo esto se debe seguramente al hecho que las políticas culturales son hechas pensando solamente en términos de política a secas y dirigidas por políticos que piensan en dividendos inmediatos y nunca en el complejo mundo de la cultura, difícil de manejar, y que no produce resultados sino muy lentamente y sobre todo a largo plazo.

MARIO VARGAS LLOSA

1/ Aquella suma de conocimientos, costumbres, ritos, creencias, instituciones y actividades que constituyen la peculiaridad humana, es decir que apartan y distinguen al hombre de la naturaleza. La piedra, la planta y el animal tienen un destino pre-establecido, en cuanto se decide exclusivamente por procesos de tipo físico o biológico que son siempre obedecidos, nunca elegidos. Sólo el hombre es capaz de oponer a la ley natural un orden propio y distinto, una realidad que, juzgada desde el punto de vista puramente físico o animal, resulta "gratuita". Ese orden, que varía en el tiempo y en el espacio, esa realidad recreada y sobrepuesta por el hombre a su condición meramente orgánica, constituyen lo que llamamos "Cultura".

2/ Ante todo, elegir uno, entre los muchos modelos de cultura posibles. Definir, cuando menos, las grandes líneas que normarán la actividad humana dentro de la sociedad. Naturalmente, lo ideal es que un Estado decida esta elección teniendo en cuenta las condiciones geográficas, históricas y sociales del país, de un lado, y, de otro, re-elaborando de una manera creadora los elementos culturales forasteros para que sirvan sus propios designios. Invención y adaptación deben contribuir, en dosis iguales, a la formación de una cultura propia. Tan equivocado

sería, a mi juicio, pretender una autarquía cultural como importar todas nuestras formas de vida social.

3/ El régimen actual se ha proclamado partidario de un sistema socialista, libertario y humanista, y, en lo que se refiere al aspecto económico, ha tomado, en efecto, una serie de medidas que van claramente en esa dirección. En otros aspectos —como el político—, en cambio, esa declaración es todavía puramente teórica. Será una realidad el día, que ojalá llegue, en que todos los peruanos, superadas las enormes diferencias de conocimientos y de condiciones de vida, actuales, gocen de las mismas oportunidades, de un idéntico punto de partida, puedan elegir su destino individual, y participen, con igualdad de derechos e idéntico respeto por sus opiniones, en la vida política nacional, en todas sus formas: desde la elección de las autoridades hasta la dación de las leyes, pasando por el control de la manera como éstas sean aplicadas por la administración pública.

Cuando se habla de "cultura", muchos piensan inmediata y exclusivamente en las actividades artísticas, como si la literatura, la música, y las artes plásticas monopolizaran ese concepto, y no formaran parte, también, de la cultura de un pueblo, la ciencia, la técnica, la política, la religión, la moral, etc. En lo que se refiere a las actividades artísticas, yo pienso que la función primordial del Estado es hacerlas posibles, es decir crear unas condiciones sociales en las que ellas puedan surgir genuina y eficazmente. Todo lo que se haga a favor de la literatura sería inútil, por ejemplo, mientras haya en el país analfabetos o gentes cuyas condiciones de vida prácticamente no les dan el ocio y los medios materiales indispensables para leer. Enviar, por ejemplo, una brigada "cultural" a un poblado aguaruna, que está saliendo apenas de la Edad de Piedra, es irrisorio: a esos hombres, antes de enviarles un conferencista sobre Aristóteles, hay que permitirles estar en condiciones de aplaudir o linchar a ese conferencista con conocimiento de causa.

En lo que se refiere al arte, pienso que el Estado, además, debe respetarlo o prohibirlo, pero no dirigirlo. Estoy en contra de todo dirigismo estético estatal, porque

conduce, a la larga, inevitablemente, al surgimiento de una mercancía fraudulenta, en la que se expresan únicamente los sentimientos y los intereses más conservadores y conformistas de la sociedad, aquellos que no constituyen ninguna novedad ni ofrecen ningún peligro al poder. Yo creo que el arte es un agente de insatisfacción, en forma no sólo directa (es la menos importante) (por ejemplo, una obra de teatro puede ser un instrumento de denuncia de un problema social o político existente) sino sobre todo indirecta, en la medida en que un hombre con una sensibilidad aguzada y una imaginación educada por la contemplación de la pintura moderna —que exige, para ser gustada, de ambas cosas— será siempre un hombre 'conflictivo': un cuestionador constante de su realidad. Mi convencimiento es absoluto a este respecto: un hombre que goza oyendo a Antón Webern o viendo el "arte pobre" de Tappes es más difícil de esclavizar, explotar, humillar o engañar que uno insensible a ambos estímulos artísticos. Por eso, los grandes dictadores no se equivocaron. Mussolini, Hitler, Stalin, Franco han combatido ferocemente la modernidad en arte, condenando todo lo que no fuera tradicional y académico. Es por eso que en los países socialistas persiste todavía una censura en materia artística. El arte en sí mismo no resuelve problemas: los provoca, por vía indirecta, a través de aquellos en quienes ha avivado las facultades de emocionarse, dudar, reflexionar y, sobre todo, imaginar.

Es por esta razón que creo que el creador artístico es exactamente lo contrario de un funcionario. Este último es indispensable para una sociedad y aquél no, a menos que se quiera crear una sociedad permanentemente amenazada de inestabilidad, fatalmente condenada a la revisión y al cambio (eso es lo que yo quiero). El funcionario, con su trabajo, construye, afirma, conserva lo existente. El creador socava, cuestiona, relativiza, impugna lo que aquel va edificando. Es por eso que siempre el poder lo verá con cierta desconfianza. Muy pocos regímenes, sin embargo, tienen la valentía de prohibir su actividad, como intentaron hacer los curas en la Edad Media con la novela. Prefieren domesticarlo: lo asimi-

lan como funcionario, vacían la sustancia de lo que hace, presentan como producto artístico lo que en realidad son objetos seriales destinados a colaborar con la pedagogía y la publicidad en fortalecer lo existente cuando aquéllos tienden siempre a debilitarlo.

4/ Creo que la política es sólo una de las ramas de la cultura y no necesariamente la más importante. El gobierno de la sociedad, en términos ideales, debía ser una acción a su vez gobernada por la "cultura", es decir en la que se reflejaran todas esas otras actividades y disciplinas que constituyen lo humano: desde la ciencia y el arte, hasta la filosofía y la moral. En realidad, sé que ocurre en proceso inverso, y que la política, en vez de ser un quehacer dependiente, coloniza con voracidad creciente a todas las otras formas de la actividad humana. Yo lo deploro porque creo que esta tutoría y fiscalización que ejerce la política (el fenómeno es idéntico en el mundo socialista y en el capitalista) recorta y empobrece la empresa humana. ¿Quién podría negar que es la política la raíz de todas las grandes hecatombes modernas, esas guerras por ejemplo que reinstalaron la barbarie y la animalidad en países que parecían haber alcanzado las formas más elevadas de la civilización? Pienso que la sociedad habrá alcanzado su plenitud si algún día se hace realidad esa utopía de Marx (en la que aparentemente no cree ya ningún marxista): la desaparición del Estado (es decir, de la política).